

## XIII ENCUENTRO DE ARCIPRESTES DE ARAGÓN

Zaragoza (Quinta Julieta, 22-24 de febrero de 2010)

---

### SANTIDAD Y MINISTERIO SACERDOTAL

*“Reaviva el don de Dios que te fue conferido” (2 Tim 1, 6)*

+ Vicente Jiménez Zamora  
Obispo de Santander

#### **Introducción: la santidad, una urgencia pastoral.**

El tema de la santidad es una urgencia pastoral al comenzar el tercer milenio. Así nos lo recordaba el Papa Juan Pablo en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*: “No dudo en decir que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral es el de la *santidad* [...]. Terminado el Jubileo, empieza de nuevo el camino ordinario, pero hacer hincapié en la santidad es más que nunca una urgencia pastoral. Conviene además descubrir en todo su valor programático el capítulo V de la Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, dedicado a la “vocación universal a la santidad”. Si los Padres conciliares concedieron tanto relieve a esta temática no fue para dar una especie de toque espiritual a la eclesiología, sino más bien para poner de relieve una dinámica intrínseca y determinante. Descubrir a la Iglesia como “misterio”, es decir, como pueblo, “congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”, llevaba a descubrir también su “santidad”, entendida en un sentido fundamental de pertenecer a Aquél que por excelencia es el Santo, el “tres veces santo” (cfr. *Is* 6, 3) Confesar a la Iglesia como santa significa mostrar su rostro de *esposa de Cristo*, por la cual él se entregó, precisamente para santificarla (cfr. *Ef* 5, 25-26). Este don de santidad, por así decir, objetiva, se da en cada bautizado. Pero el don se plasma a su vez en un compromiso que ha de dirigir toda la vida cristiana: “Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación” ( *1 Ts* 4, 3). Es un compromiso que no afecta sólo a algunos cristianos: “Todos los cristianos, de cualquier clase o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor”<sup>1</sup>.

Esta llamada a la santidad cobra especial urgencia para nosotros los sacerdotes, especialmente en este Año Sacerdotal, convocado por el Papa Benedicto XVI, con motivo del 150 aniversario del “*dies natalis*” de San Juan María Vianney, el Cura de Ars, el Santo Patrón de todos los párrocos del mundo. Los objetivos señalados por el Santo Padre para este Año son, entre otros: “*promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo*”; “*favorecer esta tensión de los sacerdotes hacia la perfección espiritual, de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio*”; “*para hacer que se perciba cada vez más la importancia del papel y de la misión del sacerdote en la Iglesia y en la sociedad contemporánea*”<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Juan Pablo II, Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 2.

<sup>2</sup> Benedicto XVI, Carta para la Convocatoria del Año Sacerdotal (16 de Junio de 2009), y Discurso a la Congregación para el Clero (16 de marzo de 2009).

En este horizonte se inscribe el *Mensaje a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal* de la Conferencia Episcopal Española. En él los obispos ofrecemos un mensaje de esperanza apoyados en dos líneas de fuerza: la unión íntima con Cristo, “*Vosotros sois mis amigos*” (*Jn* 15, 14), y la llamada a la misión apostólica, “*Se la carga sobre los hombros, muy contento*” (*Lc* 15, 5). Los mismos que hemos sido llamados para “estar con Él”, hemos sido “enviados a predicar” (Cfr. *Mc* 3, 14).

El tema de la conferencia es central en la vida de los sacerdotes y tiene como lema el texto de San Pablo a su discípulo Timoteo: “*reaviva el don que te fue conferido*” (*2 Tim* 1, 6). Ojalá que todos sintamos en este Año Sacerdotal el soplo del Espíritu, que reavive las brasas del fuego de la gracia sacerdotal que hemos recibido con la imposición de manos del obispo en nuestra ordenación.

El tema es amplio y casi inagotable, pero lo voy a acotar en los siguientes apartados.

1. Naturaleza e identidad de la santidad sacerdotal.
2. El ministerio, fuente primordial de santidad.
3. La oración del sacerdote pastor.
4. La Eucaristía, centro de la vida y del ministerio del sacerdote
5. El ejemplo de santidad del Cura de Ars.

## **1. Naturaleza e identidad de la santidad sacerdotal**

El sacramento del orden no suplanta la identidad inicial del bautismo, sino que la asume desde una nueva dimensión. El presbítero es un cristiano que recibe una nueva configuración y misión identificadoras: “Por el sacramento del orden los presbíteros se configuran a Cristo sacerdote, como ministros de la cabeza, para construir y edificar todo su cuerpo, que es la Iglesia, como cooperadores del orden episcopal” (*PO* 12).

El sacerdote se encuentra en una particular posición como instrumento vivo de Cristo sacerdote. Recibe por el sacramento del orden una “sagrada potestad” (*LG* 10; *PO* 2), que supone una capacitación permanente de parte de Dios y un servicio humilde por parte del hombre: “Nuestra suficiencia viene de Dios. Él nos capacitó como ministros de la nueva alianza, no de la letra, sino del espíritu” (*2 Cor* 3, 5).

Cristo a quien el Padre consagró y envió al mundo, se entregó a sí mismo. De modo semejante los presbíteros, consagrados con la unción del Espíritu, mortifican en sí las obras de la carne y se consagran totalmente al servicio de los hombres (cfr. *PO* 12).

En la última cena Jesús declara su íntimo sentimiento de cara a los apóstoles: “Yo por ello me santifico, para que ellos sean verdaderamente santificados” (*Jn* 17, 19). En correspondencia pide al Padre que los proteja del maligno y los santifique en la verdad (*Jn* 17, 16-17). A ellos les dice que permanezcan en su amistad (*Jn* 15, 10). Después de Pentecostés los apóstoles, conformando su vida a la del Maestro, se entregaron a la evangelización hasta el martirio.

Pedro recomienda a los presbíteros ser modelos de la grey (*1 Ped* 5, 2-4). San Pablo ofrece claras directrices sobre la configuración en el “ser” y en el “obrar”, especialmente en cuanto ministro de la palabra y del culto (cfr. *1 Tim* 4, 12-16; 6, 9-16.20-21; *2 Tim* 1, 6-14; 3, 14-17; *Tit* 2, 6-8).

En un pacto de amor de predilección Dios sella a los presbíteros “con un carácter o marca particular ... de suerte que puedan obrar en persona de Cristo-cabeza” (*PO* 2). Pero este ser cabeza es “en el sentido nuevo y original de ser Siervo” (*PDV* 21), porque la autoridad de Cristo coincide con su servicio. El Buen Pastor siente compasión de las gentes y las alimenta con su propia vida. El principio que anima la vida espiritual del

presbítero es la *caridad pastoral*. Jesucristo confía a Pedro el ministerio después de su triple pregunta sobre el grado de amor. El ministerio sacerdotal es *amoris officium* (San Agustín). Solamente la opción fundamental de entregarse puede garantizar la armonía de la vida (cfr. *PDV* 22-23).

Así pues, los presbíteros, al ejercer el ministerio del Espíritu y de la justicia (cfr. Ef 4, 13), se afirman en la vida del espíritu. Por las mismas acciones sagradas de cada día se ordenan a la perfección (*PO* 12)

## 2. El ministerio, fuente primordial de santidad

*2.1. Ministerio y santidad.* Tenemos como punto de partida la aportación del Concilio Vaticano II, que estableció la relación entre ministerio y la perfección o santidad del presbítero. Nos referimos a dos textos de *Presbyterorum Ordinis*, que han sido considerados como el principio conciliar de la espiritualidad sacerdotal (*PO* 12 y 13).

“Así, pues, ejerciendo el ministerio del Espíritu y de la justicia (2 *Cor* 3, 8-9) se fortalecen en la vida del espíritu, con tal que sean dóciles al Espíritu de Cristo que los vivifica y conduce. Pues ellos se ordenan a la perfección de la vida por las mismas acciones sagradas que realizan cada día, como por todo su ministerio, que desarrollan en unión con el obispo y los presbíteros” ( *PO* 12). “Los presbíteros conseguirán propiamente la santidad ejerciendo sincera e infatigablemente en el Espíritu de Cristo la triple función” ( *PO* 13).

Vemos que este principio conciliar está asumido y enriquecido en la Exhortación *PDV* de Juan Pablo II, que dedica tres largos números, 23-26, al desarrollo del apartado: “*la vida espiritual en el ejercicio del ministerio*”. La primera recepción que se hizo del texto conciliar se redujo en la práctica a reconocer sólo el hecho de la relación entre el ministerio y la santidad, viendo en dicha relación la existencia de una espiritualidad propia del sacerdote, que para algunos incluía liberarse de la necesidad de los medios para la santidad del sacerdote, como si a los sacerdotes el ministerio les bastara. No hubo lugar para otras matizaciones y para sus exigencias correspondientes. El texto fue acogido unánimemente y con gran satisfacción.

Pero pronto se advirtió que si el ministerio es fuente de la espiritualidad sacerdotal y al mismo tiempo es el molde que la configura, es totalmente necesario precisar qué se entiende por el ministerio. La configuración de la vida del sacerdote y la estructuración de su persona van a depender totalmente de la concepción que se tenga del ministerio. Se impone una toma de conciencia de lo que es el ministerio. Si el ministerio se reduce a meras tareas o funciones materiales, la espiritualidad se convertiría en una honradez profesional; pero si el ministerio supone una relación propia con quien envía y a los que se es enviado, la espiritualidad tiene otro calado.

Este paso a la *relacionalidad* propia del ministerio fue muy importante para la identidad del presbítero: obligaba a superar la visión meramente funcional del ministerio y abrirlo a la carismatización. Del ministerio al misterio. La base se encontraba ya en los mismos textos que insistían en la pneumatología del ministerio.

*2.2. Sacramentalidad.* Estamos ante un momento importante de la espiritualidad sacerdotal: la recalificación del ministerio sacerdotal. Señalamos dos pasos que se dieron rápidamente.

- En primer lugar, la sacramentalidad del ministerio. Considero decisiva la ponencia que Albert Vanhoye tuvo en el Simposio de Espiritualidad sacerdotal, que afirmó que “la sacramentalidad del ministerio es el rasgo más específico de la identidad del

presbítero... La posición y las funciones del presbítero se distinguen de las de los otros por la sacramentalidad del ministerio”<sup>3</sup>.

Vemos satisfactoriamente que este planteamiento quedó reforzado y enriquecido en la Exhortación *Pastores Dabo Vobis* (PDV) de Juan Pablo II, quien afirma: “*Por tanto, los presbíteros son llamados a prolongar la presencia de Cristo, único y supremo Pastor, siguiendo su estilo de vida y siendo como una transparencia suya en medio del rebaño que les ha sido confiado... Los presbíteros son en la Iglesia y para la Iglesia, una representación sacramental de Jesucristo cabeza y Pastor...*” (PDV 15).

- En segundo lugar, contamos con la sacramentalidad del sacerdote. Fue necesario afrontar la sacramentalidad de la persona ordenada, y se hizo en el Congreso de Espiritualidad sacerdotal<sup>4</sup>.

Todos hemos sido testigos de que al definir al ministerio sólo desde las tareas, la persona del sacerdote ha quedado al margen, como zona privada e intangible. Pero el presbítero, en virtud de su ordenación, es un ser sacramental, una especie de sacramento, signo, “icono” o instrumento de la acción de Dios en la Iglesia. Esta dimensión sacramental no sólo no debe olvidarse, sino que debe tenerse siempre presente para entender al sacerdote.

2.3. *El Espíritu Santo, “protagonista” de nuestra vida espiritual.* El Concilio Vaticano II presenta la ordenación sacerdotal como una “*unción del Espíritu, que configura con Cristo*” (PO 2). El ministerio sacerdotal es “ministerio del Espíritu” (cfr. 2 Cor 3,8) y por tanto tiene una dimensión pneumatológica. El Espíritu Santo es “fuente de santidad y llamada a la santificación” (PDV 24, 27). La ordenación sacerdotal instala al presbítero en una relación significativamente nueva con el Espíritu Santo; relación que equivale a configuración “espiritual” con Cristo Cabeza y colaboración estrecha con el Espíritu.

Esta configuración es una realidad ontológica, pero no estática, poseída ya desde el comienzo y ajena a toda idea de crecimiento, sino una realidad dinámica, que hace de la conformación con Cristo un proceso nunca acabado y siempre pendiente. Y, si es la unción del Espíritu la que configura radicalmente con Cristo y la que capacita para actuar ministerialmente, será también su fuerza la que vaya convirtiendo en existencialmente sacerdote a aquel que lo es ya sacramentalmente por la ordenación.

La presencia y la acción del Espíritu Santo en nosotros nos hace capaces de realizar en nuestra vida el proyecto de Dios al elegirnos en Cristo para ser santos: para alabanza de la gloria de su gracia (cfr. Ef 1, 12). Santidad que consiste en vivir el amor en la libertad de los hijos de Dios, abiertos a la acción del Espíritu Santo.

“Ciertamente, *el Espíritu del Señor es el gran protagonista de nuestra vida espiritual.* El crea el “corazón nuevo”, lo anima y lo guía con la “ley nueva” de la caridad, de la caridad pastoral. Para el desarrollo de la vida espiritual es decisiva la certeza de que no faltará nunca al sacerdote la gracia del Espíritu Santo, como don totalmente gratuito y como mandato de responsabilidad. La conciencia del don infunde y sostiene la confianza indestructible del sacerdote en las dificultades, en las tentaciones, en las debilidades con que puede encontrarse en el camino espiritual” (PDV 33).

La función esencial que el Espíritu Santo ejerce en la específica llamada a la santidad, propia del ministerio sacerdotal, aparece en la fórmula sacramental de la ordenación: “Te pedimos, Padre todopoderoso, que confieras a estos siervos tuyos la

---

<sup>3</sup> A. Vanhoye, *Sacramentalidad del ministerio y su repercusión en la persona ordenada*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad del presbítero diocesano secular. Simposio*, Madrid 1988, 71.

<sup>4</sup> Cfr. S. del Cura Elena, *La sacramentalidad del sacerdote y su espiritualidad*, en Comisión Episcopal del Clero, *Espiritualidad sacerdotal. Congreso*, Madrid 1989, 73-119.

dignidad del presbiterado; renueva en sus corazones el Espíritu de santidad; reciban de Ti el sacerdocio de segundo grado y sean, con su conducta, ejemplo de vida”.

### 3. La oración del sacerdote pastor

La oración del sacerdote pastor es el verdadero camino de santificación y el alma de su apostolado. No es difícil entenderlo, porque la oración cultiva la intimidad del discípulo con su Maestro, Jesucristo. Todos sabemos que, cuando ella falta, la fe se debilita y el ministerio pierde contenido y sentido. La consecuencia existencial para el sacerdote será tener menos alegría y menos felicidad en el ministerio de cada día.

Sin oración padecemos anemia espiritual y se enfría el ardor evangelizador y misionero. La oración sitúa al sacerdote en órbita evangélica y le dispone para actuar apostólicamente. Sin avivar la fe por la oración la realidad viviente de Dios se hace distante a la persona con el riesgo de que se reduzca la predicación a reflexión teológica o a exigencia moral o quizá a ideología, sin aliento místico y profético.

La oración “es el secreto de un cristianismo realmente vital, que no tiene motivos para temer el futuro, porque vuelve continuamente a las fuentes y se regenera en ellas” (NMI 32). “Hace falta que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral” (NMI 34).

La oración es el verdadero camino de santificación y también el alma de la auténtica *pastoral vocacional*. El escaso número de ordenaciones sacerdotales no debe desanimarnos, pero sí debe impulsarnos a multiplicar los espacios de silencio y de escucha de la Palabra de Dios, a cuidar mejor la dirección espiritual y el sacramento de la penitencia, para que muchos niños, adolescentes y jóvenes puedan escuchar y seguir con prontitud la voz de Dios, que siempre sigue llamando. Uno de los frutos de este Año Sacerdotal debe ser promover por todos los medios posibles una verdadera pastoral vocacional. El Papa Benedicto XVI en el Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones habla del testimonio de los sacerdotes y consagrados como fuente de vocaciones: *el testimonio suscita vocaciones*. El Santo Padre señala tres aspectos de la vida del presbítero, que son esenciales para un testimonio sacerdotal eficaz: *la amistad con Cristo; el don de sí mismo a Dios; la comunión*.<sup>5</sup>

*3.1. Estilo presbiteral de orar.* La oración del presbítero adquiere, por efecto de la caridad pastoral, una tonalidad netamente apostólica y pastoral.

Es una oración vinculada a la Palabra de Dios. Nosotros no somos dueños, sino servidores de la Palabra de Dios. Somos antes oyentes que anunciadores; antes discípulos que maestros. Con qué fuerza decía esto San Agustín: “Desde esta cátedra somos vuestros maestros, pero somos antes condiscípulos vuestros. Desde esta cátedra os guardamos, pero queremos ser guardados por el Señor con vosotros”. “La relación del presbítero con Escritura, es capaz de hacer de él y con mucha exigencia, un gran creyente” (Magioli).

“El conocimiento amoroso y la familiaridad con la Palabra de Dios revisten un significado específico en el ministerio profético del sacerdote, para cuyo cumplimiento adecuado son una condición imprescindible, principalmente en el contexto de la “nueva evangelización”, a la que hoy la Iglesia está llamada. El Concilio exhorta: “Todos los clérigos, especialmente los sacerdotes, diáconos y catequistas dedicados por oficio al ministerio de la palabra, han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse

---

<sup>5</sup> Cfr. Benedicto XVI, Mensaje para la XLVII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, 25 de abril de 2010.

“predicadores vacíos de la palabra, que no la escuchan por dentro” (San Agustín, *Serm.* 179, 1; *PL* 38, 966) (*PDV* 47).

La forma primera y fundamental de respuesta a la Palabra es la *oración*, que es un valor y una exigencia de la formación espiritual. Un aspecto, ciertamente no secundario, de la misión del sacerdote es el de ser “maestro de oración”. Pero el sacerdote solamente podrá formar a los demás en la escuela de Jesús orante, si él mismo se ha formado y continúa formándose en al misma escuela. Esto es lo que piden los hombres al sacerdote. “El sacerdote es el *hombre de Dios*, el que pertenece a Dios y hace pensar en Dios. Cuando la *Carta a los Hebreos* habla de Cristo, lo presenta como un Sumo Sacerdote “misericordioso y fiel en lo que toca a Dios” (*Hb* 2, 17). Los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoge, que los escucha con gusto y les muestra una sincera amistad, sino también y sobre todo un *hombre que les ayude a mirar a Dios*, a subir hacia él. Es preciso, pues, que el sacerdote esté formado en una profunda intimidad con Dios.

“En un contexto de agitación y bullicio como el de nuestra sociedad, un elemento pedagógico necesario para la oración es la educación al significado humano del *silencio*, como atmósfera espiritual indispensable para percibir la presencia de Dios y dejarse conquistar por ella (cfr. *1 Re* 19, 11 ss) (*PDV* 47).

### 3.2. Oración apostólica del sacerdote.

La Escritura nos ha retratado esta oración apostólica en la persona de San Pablo y en las cartas del cuerpo paulino (cfr. *1 Tes*, 1, 2-3; 3,10; *Col* 2,1-3; 4, 12; *2 Tim* 3-5).

El P. Lyonnet describe de esta manera la oración apostólica: “es una oración ligada al apostolado, tiene en él su origen y en él encuentra su alimento”<sup>6</sup>.

Vamos a desgranar cuatro características de esta oración apostólica del sacerdote:

- *Lectura creyente de la realidad desde la Escritura*. La vida real de la gente, de la sociedad y de la Iglesia, leída desde la fe provoca y motiva esa actividad orante.
- *Con ojos de pastor*. Sensible a todas las dimensiones de la vida de su pueblo, especialmente de la fe.
- *Oración intensa y frecuente*. Dice el P. Lyonnet: “Prepara, acompaña e incluso a veces sustituye a la acción apostólica”<sup>7</sup>.
- *Oración con los sentimientos de gozo y deseo*. Sus dos sentimientos fundamentales son el *gozo* de ver los signos liberadores y salvadores de Cristo en la vida de la gente y el *deseo* de verla madurar en frutos de vida cristiana. El gozo se expresa en acción de gracias; el deseo se despliega en petición.

### 3.3. Orar con la Liturgia de las Horas

La Liturgia de las Horas es “fuente de piedad” y “alimento de la oración personal” del sacerdote.

El sacerdote está vinculado con la Liturgia de las Horas en razón de la Eucaristía, de la presidencia de la comunidad y de la dimensión orante del ministerio.

En primer lugar, por la Eucaristía. La fuente que genera toda alabanza, acción de gracias e intercesión es la Eucaristía, en cuanto actualización sacramental del único sacrificio agradable al Padre. Por eso el Oficio divino es considerado como la prolongación de la Eucaristía a lo largo de las diversas horas del día y de la noche. De

<sup>6</sup> St. Lyonnet, *Un aspect de la prière apostolique d'après Saint Paul*, en “Christus” 19(1958), pp. 22-229.

<sup>7</sup> *Ibd.*

otro lado, la celebración piadosa y continua de la alabanza de las Horas hace del corazón un altar en el que se consagran las ofrendas de la propia existencia: el dolor, la alegría, el trabajo pastoral, las preocupaciones por la justicia y la paz, etc., para que se conviertan en hostias agradables al Padre.

En segundo lugar, el sacerdote es el representante de Cristo ante la comunidad, el que la convoca y preside en su nombre y con su autoridad, el que está al frente de ella para guiarla como comunidad escatológica hacia el encuentro definitivo con el Esposo. Por eso, él es el que convoca a su comunidad para rezar con ella y al frente de ella las Horas que le son más propias: Laudes y Vísperas.

Finalmente, la dimensión esencialmente orante del ministerio sacerdotal encuentra en la Liturgia de las horas su expresión más adecuada y plena. El ministerio de Cristo, en efecto, fue un ministerio oracional, tanto porque introdujo en este mundo, mediante su Encarnación, el cántico eterno de alabanza y glorificación que tributa al Padre en el seno de la vida intratrinitaria, cuanto porque la oración atravesó su entero ministerio público, especialmente en los momentos más sacerdotales, si cabe hablar así, como fueron la elección de los Doce, la Última Cena y la Muerte en la Cruz. El sacerdocio ministerial no sería una prolongación y encarnación plena del sacerdocio de Cristo, si en el horizonte de su existencia no aparece esta dimensión de Cristo Sacerdote orante, pues no podría ser su representación existencial plena y acabada.

#### **4. La Eucaristía, centro de la vida y del ministerio del sacerdote.**

“El culmen de la oración es la Eucaristía, que a su vez es *“la cumbre y la fuente” de los Sacramentos y de la Liturgia de las Horas*. Para la formación espiritual de todo cristiano, y en especial de todo sacerdote, es muy necesaria la *educación litúrgica*, en el sentido pleno de una inserción vital en el misterio pascual de Jesucristo muerto y resucitado, presente y operante en los sacramentos de la Iglesia” (PDV 48).

Hay una conexión íntima entre Eucaristía y sacerdocio ministerial tanto por la institución por el Señor como en la celebración sacramental.

En este punto de mi exposición me voy a fijar en tres ejes de la Eucaristía, que se corresponden con tres claves de la espiritualidad sacerdotal y de su santidad: *sacramento del sacrificio de Jesús; sacramento de la unidad de la iglesia; sacramento de la presencia de Jesucristo*.

##### *4.1. Eucaristía, sacramento del sacrificio de Jesús.*

Cuando el Obispo, el día de la ordenación sacerdotal, nos entregó la patena y el cáliz, nos dijo: *“Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”*.

Lo que conmemoramos, sobre todo cuando celebramos la Eucaristía, “raíz y razón de ser de nuestra vida y ministerio”, es el sacrificio salvador de Cristo hasta que Él vuelva.

Imitar lo que conmemoramos es entrar en la dinámica de amor, servicio y entrega del Buen Pastor, compartiendo su misión, y con sus mismos sentimientos.

Dicen que Gandhi nos comparaba a los cristianos con las piedras del cauce de un río. Estas piedras sumergidas en la corriente, si las parten de un golpe están secas en su interior. Dura comparación que puede hacernos pensar a nosotros sacerdotes. ¿Es posible que conmemorando constantemente la ofrenda del Señor no nos dejemos empapar por esta corriente viva de obediencia al Padre y solidaridad con los hermanos?.

“Imita lo que conmemoras” es conformar nuestra vida con el misterio de la cruz de Cristo, es decir, *caminar sobre sus mismas huellas* (cfr. *1 Ped 2, 21*).

Jesús es el Hijo enviado y ungido, para ser entregado como Siervo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (cfr. *Fil 2, 5-11*). Por eso los sacerdotes somos siervos en el mismo servicio del Señor. La *misión en servicio* es la clave central de la comprensión del ministerio sacerdotal en el Nuevo Testamento.

En la imagen del Buen Pastor se expresa la vida de Jesús y la de los pastores de la Iglesia: los sacerdotes. El Buen Pastor conoce a las ovejas, da la vida por las ovejas y reúne al rebaño (cfr. *Jn 10, 1-17*). ¡Cuántos sacerdotes de ayer y de hoy han gastado y gastan generosamente su tiempo, sus fuerzas, sus años y su vida por los caminos de la misión y de la cruz apostólica!. ¡Cuántos sufrimientos y heridas, trabajos y preocupaciones, tenemos que poner cada día en la Eucaristía!. En la celebración de la Eucaristía debemos ser transparencia diaria de la entrega y servicio de Cristo.

4.2. *Eucaristía, sacramento de la unidad de la Iglesia*. La conexión entre participar en el cuerpo eucarístico del Señor y afianzar la unidad del cuerpo eclesial aparece en las siguientes palabras de Pablo, que refiere el primer relato de la institución de la Eucaristía: “El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?. Porque uno solo es el pan, aun siendo muchos, un solo cuerpo somos, pues todos participamos del mismo pan” (*1 Co 10, 16-17*). La comunión eucarística une a los cristianos con Cristo y entre sí. Hay una profunda relación entre comunión eucarística, comunión eclesial y comunión sacerdotal.

El sacerdote, desde la Eucaristía, está llamado a ser forjador de esta unidad en la Iglesia y ser hombre de comunión. En esta tarea se incluyen varias actitudes y exigencias. Sugiero algunas.

- Ser un hombre “*expropiado*”, es decir, disponible para todos, renunciando a la “autorrealización” y al medro personal, para poder pertenecer a todos; nadie debe pretender recortar su pertenencia de todos.
- El sacerdote está llamado a ser animador y coordinador de *servicios y carismas*., siendo vínculo de unidad. Debe suscitar la participación y corresponsabilidad de los fieles cristianos, respetando la vocación de cada uno y de cada “estado de vida” en la Iglesia. Su ministerio es de síntesis y de comunión de los diversos servicios y dones del Espíritu Santo, alentando la unidad con una proximidad cordial y efectiva.
- El servicio del sacerdote a la unidad le exige también la práctica de la *corrección fraterna* (cfr. . *Mt 18, 15-18*). En su condición de padre de la familia de la fe, de ministro que preside, de hermano mayor se incluye el deber, a la vez, molesto y saludable de la corrección fraterna. El sacerdote debe aprender a corregir y a dejarse corregir, vigilando para que en la corrección no se introduzcan resentimientos ni tendencias ideológicas. Si no hubiera corrección, caso de ser necesaria, se cuestionaría la seriedad del amor y el empeño por el bien común.

“La Eucaristía no es sólo expresión de comunión en al vida de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad... El cristiano que participa en la Eucaristía aprende de ella a hacerse promotor de comunión, de paz y de solidaridad en todas las circunstancias de la vida. La desgarrada imagen de nuestro mundo convoca más que nunca a los cristianos a vivir la Eucaristía como una gran escuela de paz, en la que se forman hombres y mujeres que, en diferentes niveles de responsabilidad de la

vida social, cultural y política, se hacen artífices de diálogo y de comunión”<sup>8</sup>. El amor recíproco y particularmente el cuidado de los necesitados es el criterio básico para comprobar la autenticidad de nuestra participación en la Eucaristía, sacramento de unidad.

4.3. *La Eucaristía, sacramento de la presencia de Jesucristo.* Jesús, nuestro Señor, se hace presente en la Iglesia hasta el fin del mundo de diversas formas (cfr.SC,7). Jesucristo está sacramentalmente presente, de modo “real y sustancial” en las especies del pan y del vino, durante la celebración, en la comunión y después de la celebración eucarística. Es una presencia real, no exclusiva, sino por antonomasia (Pablo VI, Enc. *Mysterium fidei*). No es un puro símbolo del Cuerpo de Cristo; *es su mismo cuerpo*.

- *Presencia eucarística y presencia en los pobres.* En la historia de la Iglesia ha existido siempre una conexión especial entre la presencia eucarística y la presencia de los pobres. La adoración y el acatamiento de Jesucristo en el sagrario, el trato confiado con Él, la intimidad amigable y personal, la oración prolongada... afinan la mirada del corazón para ver a Jesús en los pobres, para servirlo en los enfermos, para reconocerlo en los rostros desfigurados de los hermanos.

La Iglesia Católica ha promovido el culto eucarístico, también fuera de la celebración. Diversas congregaciones religiosas han unido de manera significativa la adoración eucarística y el servicio a los pobres. El *pesebre*, la *cruz* y el *sagrario* son palabras que resumen espiritualmente el misterio de Jesús.

En nuestra manera de presidir la Eucaristía debemos mostrar la adoración, el respeto y la acogida del Misterio presente en el altar. “trátalo bien, que es hijo de buena madre”, dijo San Juan de Ávila a un sacerdote que celebraba desconsideradamente la Santa Misa. Es una experiencia penosa percibir las manifestaciones de semejante “desespiritualización”. A través de nuestra actitud ante el Misterio se transparenta la fe, que afirma la realidad misma de la presencia de Jesucristo muerto y resucitado. La superficialidad produce, por el contrario, la sensación de una inmensa distancia entre el Misterio celebrado y el sacerdote celebrante. “Celebrar la misa no es una profesión, sino que exige íntima participación interior” (Benedicto XVI).

“Jesús en el sagrario os espera siempre junto a Él, para derramar en vuestros corazones, esa íntima experiencia de su amistad que es la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida”<sup>9</sup>. La visita al Santísimo en el sagrario “es prueba de gratitud, signo de amor, deber de adoración a Cristo Nuestro Señor allí presente” (Pablo VI, *Mysterium fidei*). Todos necesitamos la ayuda de los signos de la presencia del Señor, para entrar en comunicación entrañable con el amigo, para hallar compañía, rehacernos de los cansancios y recuperar las fuerzas de la esperanza.

La reforma promovida por el Concilio Vaticano II ha querido devolver al altar el centro de la asamblea; y ha pedido que al sagrario-tabernáculo se reserve un lugar digno para la adoración y la oración de los fieles. ¿No necesitamos redescubrir, en coherencia con la fe en la presencia eucarística del Señor y con la tradición de la Iglesia, el sentido de la adoración del Santísimo, renovarla personalmente y animarla en la acción pastoral en nuestras comunidades?. Creemos junto al sagrario ámbitos de oración, de silencio, de respeto y de acogida del Señor en la fe.

---

<sup>8</sup> Carta Apostólica *Mane nobiscum, Domine*, 27.

<sup>9</sup> Carta Apostólica, *Mane nobiscum, Domine*, 30.

## 5. El ejemplo de santidad del Cura de Ars

Juan Pablo II, con ocasión de su visita a Ars en el año 1986, dijo de él: “*San Juan María Vianney permanece para todos los países un modelo fuera de serie de realización de su ministerio pastoral y, a la vez, de santidad sacerdotal*”

Subrayemos algunos de los rasgos de esta santidad sacerdotal.

*5.1. Celo apostólico de un pastor entregado.* Desde joven quiso hacerse sacerdote “*para ganar almas para el Buen Dios*”, y este celo le acompañó toda su vida, lo que explica su tenacidad pese a todas las pruebas por las que tuvo que pasar. Este celo apostólico podemos resumirlo en dos puntos. En primer lugar, el *don de sí mismo*. Respondiendo un día a una persona que le preguntaba cuál era su secreto, le dijo: “*mi secreto es muy sencillo, darlo todo y no guardarme nada*”.

En segundo lugar, *su responsabilidad como pastor*. El amor del Cura de Ars por cada persona se reviste de la misericordia de Dios. “*Estoy dispuesto a permanecer cien años más sobre la tierra para así reconciliar un alma con Dios*”. No regateaba nunca ni su tiempo, ni sus esfuerzos para ser testigo de la misericordia de Dios. Un “sacerdote comido” dirá a su contemporáneo, el P. Chevrier. Aparece en la vida del Cura de Ars una especie de “sustitución”: “*lloro lo que usted no llora*”, le dijo a un penitente. Otro le dijo: “*Señor cura, ¿por qué me impone penitencias tan pequeñas?*”, y el le respondió: “*impongo pequeñas penitencias y el resto lo hago yo*”.

*5.2. Las obras de un pastor hechas con santidad.* Como todos los curas de su tiempo el cura de Ars no hizo nada extraordinario: celebraba la misa, confesaba, atendía las obras sociales de la parroquia..., pero lo hizo de forma extraordinaria, de tal forma que, al hacerlo, logró que estas personas se encontrasen con Dios.

En primer lugar, en su *predicación*. Tanto en la enseñanza del catecismo, como en sus homilías no buscó seducir, sino educar, formar y convertir.

En segundo lugar, en los *sacramentos*, de los cuales fue un ministro fiel, especialmente de la Eucaristía y de la Penitencia. En los últimos años de su vida llegó a confesar hasta 17 horas diarias, sin descanso, en una iglesia helada en invierno y agobiante de calor en verano, escuchando las miserias de los hombres y sostenido por su fe en Dios. Juan Pablo II lo llegó a considerar como un “mártir del confesionario”. Hasta las últimas horas de su vida, se ocupará de los penitentes y, poco antes de su muerte, a aquellos que él llevaba atendiendo desde hacía varios años, los hará subir a su habitación para darles la absolución.

En tercer lugar, en la *atención a cada uno* a través de las visitas a las familias, a los pobres, a los enfermos, extranjeros, penitentes o simples parroquianos... Todos encontraban en él una acogida y una escucha llena de misericordia y verdad. Cada uno se sentía reconocido y amado. Fundó dos escuelas.

*5.3. El ejemplo de la oración.* Es quizás lo que más impresionó a sus feligreses a su llegada a la parroquia de Ars. Tenían un pastor joven, pero humilde, que no hablaba con facilidad y que parecía un poco torpe, pero rezaba: desde las primeras horas del día hasta el anochecer, se pasaba las horas de rodillas delante del sagrario. He aquí su testimonio: “*El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo. La oración no es otra cosa que la unión con Dios... Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le*

*agrada...En la oración hecha debidamente se funden las penas como la nieve ante el sol”<sup>10</sup>.*

El Papa Benedicto XVI propone como modelo para los sacerdotes al Santo Cura de Ars, figura excelsa de santidad vivida en fidelidad diaria en el ejercicio del ministerio. San Juan María Vianney es para los sacerdotes “espejo”, guía, faro luminoso que nos orienta hacia Cristo. Él es para cada uno de nosotros fuente de consuelo y de esperanza y lo es también en medio de las “fatigas” en que nos vemos envueltos en nuestro ministerio. El Cura de Ars decía: *“un buen sacerdote, un pastor según el corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina”*.

Que María, la Madre de Dios y de la Iglesia, tan querida y venerada en esta tierra bajo la secular advocación del Pilar nos ayude a los sacerdotes a seguir el ejemplo del Cura de Ars para ser, como él, sacerdotes santos, testigos de Cristo y apóstoles del Evangelio.

---

<sup>10</sup> De una catequesis de San Juan María Vianney, presbítero, sobre la oración. Segunda lectura del Oficio de lectura del día de su fiesta. (A. Monnin, *Esprit du Cure d’Ars, Paris 1899, pp. 87-89*).